



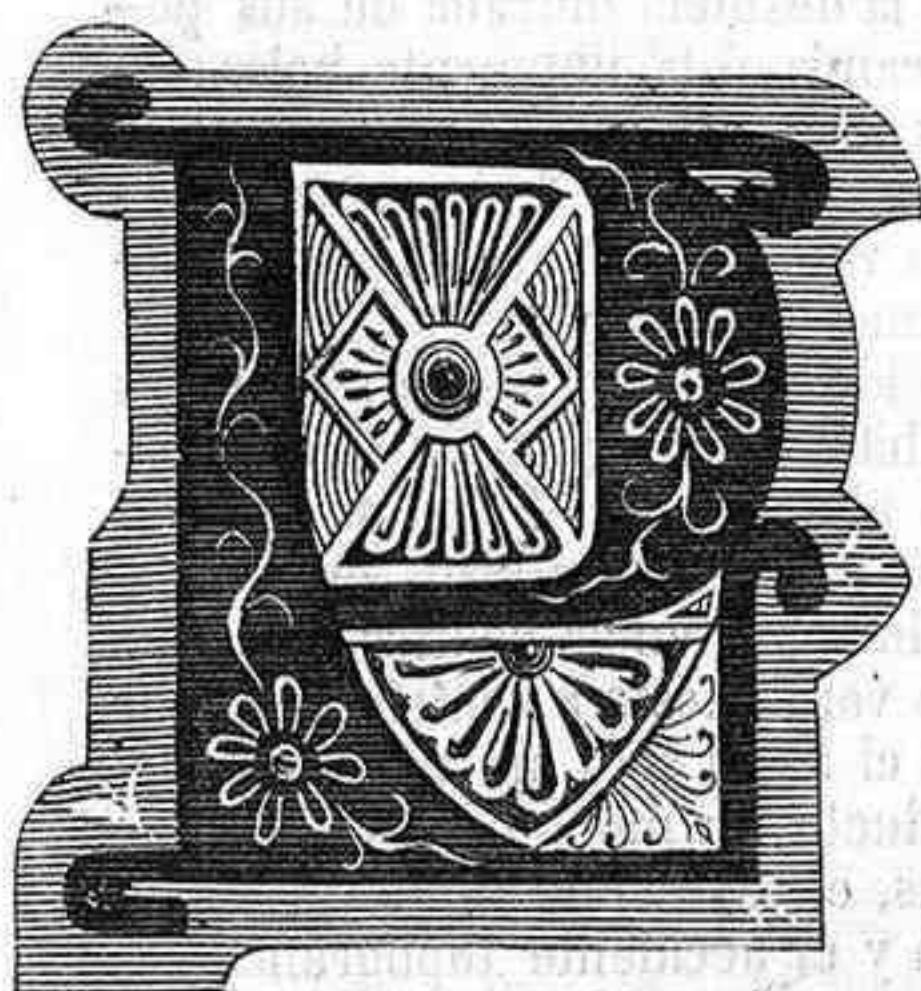
NUM. 40. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 5 DE OCTUBRE DE 1867.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO XI.

## REVISTA DE LA SEMANA.



ocos beneficios habrá comparables con el de la paz; es tan grande, que apenas ha sido disuelto el Congreso de Berna, objeto de pullas y manifestaciones nada evangélicas, ya aseguran algunos periódicos extranjeros que el emperador Napoleon ha vuelto

á proponer la celebracion de un Congreso europeo, no sólo para resolver las cuestiones pendientes, sino tambien para llegar á un completo desarme. Lo que esto significa bien claro está, sin que sea preciso devanarse los sesos para comprenderlo: todos reconocen la necesidad y la urgencia de la paz; pero en último resultado, compuesto el Congreso de representantes diplomáticos, ó de caballeros particulares, digámoslo así, la cuestion y las ideas que se emitieran en uno y en otro, serian siempre las mismas ó análogas, salvo la forma, la cual en su caso habria de ser menos franca, ó si se quiere, mas templada que en otro. Supongamos ya reunido el Congreso internacional; la paz, en principio, seria inmediatamente proclamada y reconocida como buena; pero en los medios de realizarla estaria el *quid* de la dificultad. Garibaldi y Mickievit se declararon en Berna amigos de la paz, pero considerando la guerra como medio de conseguirla; y como los intereses que en el Congreso diplomático sometidos al debate habrian de ser grandes y contradictorios, es muy posible que, salvo la forma, segun hemos dicho, algunas, si no todas las ideas garibaldinas y las del polaco antes citado, volviesen, por boca de otros oradores, á ser obs-

táculo á una avenencia cordial. Si cada nacion estima como sagrados sus derechos, los derechos que durante la paz armada hemos visto disputarse las unas á las otras á cañonazos; habria alguna que renunciando los suyos, se sacrificase gustosa por complacer á sus antagonistas? No equivaldria esto á una traicion, tal vez á un suicidio? Y sin embargo, repetimos, es el bien de la paz tan precioso, que por exiguos que hubieran de ser los resultados de semejantes conferencias, todo corazon generoso debe mirar con respeto cuantos esfuerzos se hagan para que los pueblos vivan una vida menos angustiosa que al presente.

El gobierno de Francia, bien de *motu proprio*, bien á causa de las escitaciones apremiantes de otros gobiernos, á la noticia de que Garibaldi intentaba invadir los Estados pontificios, publicó dias pasados, en la *Gaceta Oficial*, una declaracion anunciando que en manera alguna permitiria que nadie faltase á las estipulaciones internacionales consagradas por el voto del parlamento y por el honor de la nacion; en su consecuencia, el caudillo italiano fue arrestado en Sinulunga, en el momento de disponerse á penetrar en el territorio romano, siendo despues trasladado á la fortaleza de Alejandria, de cuyo punto, despues de conferenciar con el ministro de Marina italiano, se retiró á la isla de Caprera, bajo condicion, á lo que se dice, de renunciar á sus proyectos invasores. El arresto de Garibaldi produjo en los primeros momentos alguna agitacion en los ánimos, particularmente contra Francia, á quien muchas correspondencias y periódicos extranjeros lo atribuyen, y aun se ha añadido, por algunos, que los franceses volverán á ocupar á Roma.

El proyecto de contestacion al discurso de la corona, del partido conservador prusiano, conforme en los puntos mas importantes con la circular de Bismark, consigna la urgencia de la reunion definitiva de la Alemania del Sur con la del Norte, los deseos de paz con todas las naciones y el derecho del pueblo alemán á organizarse libre é independientemente de amenazas, de pretensiones y de influencias estrañas. Esto, aunque espresado en general, sabido es á quién se dirige particularmente, recordando aquello de

A tí te lo digo, suegra,  
entiéndelo tú, mi nuera.

Vuelve el gobierno inglés á tomar serias precauciones en distintos puntos del Reino-Unido, por efecto

de la agitacion feniana que se reproduce con intermitencias, como las tercianas, y que debe reconocer alguna causa mas profunda de lo que á primera vista aparece, cuando ni los reveses sufridos por los fenianos, ni la templanza del gobierno inglés que, como dijo la reina Vitoria al abrirse el Parlamento, ni una lágrima habia hecho derramar á nadie despues de los sucesos ocurridos, han hecho desistir de sus intentos á los agitadores.

Parece confirmarse la noticia de los insultos de que en las calles de Lima ha sido objeto el canciller del consulado francés en aquella ciudad, y que el cónsul general de Francia ha pedido reparacion de estos hechos al gobierno peruano.

Dicen los pobres de Madrid que el sol de invierno es su brasero. Al decirlo, se refieren sin duda á ciertos dias de invierno en los que, efectivamente, los rayos de aquel planeta llenan el espacio de un calor primaveral, cuando menos. Pero hay dias en que se presenta embozado en pardas nubes y tan pálido que su sólo aspecto parece como que aumenta el frio. Para evitar este inconveniente, y para la rápida y barata coccion de los alimentos, ha inventado un prusiano un aparato de madera y fieltro, con cuyo auxilio bastan cinco minutos de fuego para obtener los resultados que por el método ordinario son tan costosos y tan lentos. Los ensayos, hasta ahora, de dicho aparato, han sido felicísimos; si se confirma su utilidad, como deseamos, los consumidores se pondrán risueños y colorados de gusto; los carboneros quizá se vuelvan blancos de pena.

Hay hombre que no sabe qué hacer para llamar la atencion. Dicen que Alejandro Dumas (padre) ha autorizado al *Grano de Sal*, periódico satírico del Havre, para publicar su retrato en traje de cocinero. No es de estrañar semejante autorizacion, en quien ha puesto, segun vemos en un periódico, al pie de la tarjeta este aforismo autógrafa-culinario: «La mesa es el único lugar donde no se envejece,» y de quien se asegura que hace esquisitos pasteles. El que hizo cuando vino á España publicando su viaje, fue, sin embargo, de pega, y si los lectores de otros paises pudieron saborearlo, los del nuestro conocieron al punto que habia dado gato por liebre. Y si esto sucedió hablando de los vecinos, ¿qué no habrá sucedido hablando de los rusos, etc.?

En Paris hay mucho, mucho dinero; con todo,



anda el precio del pan tan por las nubes, que en los barrios de San Antonio y del Temple han aparecido pasquines amenazadores.

En la noche del beneficio del señor Herzog, en el Circo del Príncipe Alfonso, ocurrieron varios incidentes lamentables, á los que dió principio la caída del joven gimnasta español, don Agustín Vizcaino, del trapecio sobre la lucerna y después al suelo, de donde sus compañeros lo retiraron en muy mal estado. El susto del público creció al observarse que por varios puntos de la lucerna salía en abundancia el gas inflamado, á lo cual pudo afortunadamente ponerse remedio; pero como la noche era desgraciada, durante el resto de la función Braquet salió cojeando de la batuda, Forrest se torció un pie y la señorita Kennebel cayó al saltar sobre un caballo en pelo, atribuyéndose todos estos percances á la emoción de que así los artistas como el público en general se hallaban poseídos.

Algo parecido á esto pudo suceder en Zaragoza á una niña que, según refiere un periódico de aquella capital, se desprendió, vestida de ángel, de un balcon, al trasladar procesionalmente á San Pedro Arbués desde la iglesia de San Nicolás á la casa del mayordomo, con el objeto de coronar la efigie. Como los que conducían las andas caminaban de prisa, la niña no pudo atinar con la cabeza del santo y coronó á uno de los faroles de la peana, después de cuya operación volvió á subir como por milagro, según debieron creer algunos, y entre las aclamaciones de la multitud, esponiéndose á que la cuerda que la sujetaba por debajo de los brazos, sostenida por dos hombres, se hubiera soltado ú aflojado con riesgo de su vida.

Pronto empezará á funcionar la compañía dramática del Príncipe, en la que figuran los señores Romea, Arjona, Catalina, Oltra, Fernandez (don Mariano), y las señoras Diez (Matilde), Palma, Lombía, Boldun, Zapatero, y otros artistas que ya conoce y aprecia el público madrileño. Esta y las demás empresas anuncian obras en abundancia, que si corresponden á sus buenos deseos y á los que al público animan, van á proporcionarnos la ocasión, siempre grata, de tributarles elogios.

Por la revista y la parte no firmada de este número,  
VENTURA RUIZ AGUILERA.

## DIOS, EL HOMBRE Y LA SOCIEDAD.

(CONTINUACION.)

### IV.

¡Cuántas veces, desencantados y llenos de amargura, perdidas las mas dulces esperanzas, ó trocadas en dolorosas realidades vuestras mas queridas ilusiones, habreis suspirado por la tranquilidad del hogar doméstico! El seno de la familia es, en efecto, al que tiene sed de reposo, lo que al marino azotado por la tormenta, el puerto; lo que al guerrero la calma tras el combate; lo que al cansado viajero el albergue que en la noche le proporciona el silencio y el reposo.

El seno de la familia devuelve la calma al corazón agitado, restaura blandamente las fuerzas agotadas en los diarios combates de la vida, y predispone el corazón, seco por el desengaño ó por los sufrimientos, á las emociones pacíficas y al amor.

Cuando la ambición ha acibarado nuestra existencia; cuando la sociedad nos hace alternativamente sus juguetes ó sus víctimas; cuando destruido el barniz que embellece la frivolidad y la mentira, la descarnada verdad se presenta á nuestros ojos glacial y aterrador, ¿cuál es nuestra primera aspiración, cuál el deseo que mas imperiosamente brota en nuestra alma? El recuerdo del hogar doméstico, las dulzuras de la vida privada se presentan entonces ejerciendo un irresistible ascendiente sobre nuestra imaginación. Cuando nos vemos arrastrados por el torbellino, cada vez mas impetuoso, de la política, ó combatidos por las asechanzas de implacables enemigos, ó descubrimos á nuestros pies el abismo á que nos han conducido nuestras propias pasiones, ó la falsa amistad que ha sembrado de flores los caminos de nuestra perdición, ¿con cuánto ahínco volvemos los ojos al querido albergue que cobija las prendas mas caras á nuestro corazón lacerado!

El faro que se eleva en el espacio no parece mas salvador al navegante perdido en las sombras de la noche; el oasis no se presenta mas encantador al árabe errante en el desierto; el bullicioso riachuelo no es mas grato á la pradera agostada por los ardores de la canícula.

¿Y dónde hallar mas dulces indemnizaciones, lenitivos mas eficaces á los dolores del alma? El contraste entre la sociedad turbulenta, egoísta é injusta y el hogar doméstico, mansion de la tranquilidad, santuario de la confianza en el que el corazón se espacia al calor de los afectos de familia, como la flor se abre á los primeros rayos del sol; ese contraste decimos, no puede ser mas embelesador. En ese augusto recinto donde no impera la tiranía, ni la lisonja tiene acceso, y donde no se conciben la doblez ni la venganza,

nuestro sér físico recobra las perdidas fuerzas, y nuestro sér moral experimenta en cierto modo una completa renovación. Los sombríos presagios desaparecen, los negros resentimientos se calman, los amargos recuerdos se borran ó pierden gran parte de su intensidad, la inquietud, tósigo horrible que envenena las fuentes de la vida, se disipa, y el sol parece brillar más puro, cuando al lado de la mujer que embelleció los días de nuestra juventud, de la mujer que elegimos por compañera, y de los hijos que son las bendiciones visibles que el cielo envía al matrimonio, oímos rugir al dintel de nuestra morada, que no osan invadir ó profanar, las tempestades del mundo.

El hogar doméstico es la ensenada abierta por la mano de Dios en las siempre borrascosas playas de la existencia humana: fuera de ella, todo es perturbación y estrago; dentro de ella, todo es seguridad y sosiego. ¿Qué hallareis lejos de ese refugio protector que valga mas que él os ofrece? ¿Qué hallareis que valga mas que vuestra esposa y vuestros hijos, vuestros padres y hermanos? Hallareis mas estruendo, mas fascinación, mas vértigo; pero no mas bienestar, no mas placer, no mas felicidad.

La ambición no compensa los sinsabores que ocasiona y los peligros de que á todas rodea á sus esclavos; la falsa gloria no remunera los sacrificios que impone á los que de ella hacen su ídolo; la disipación, el lujo y la vanidad son de todo punto impotentes á procurarnos una verdadera ventura. Todo conduce al cansancio y al árido desencanto; pero el hogar doméstico siempre parece nuevo, siempre conforta el espíritu, siempre alegra el corazón, siempre ennoblece el carácter.

En él adquiere el hombre las virtudes que han de ser, andando el tiempo, el orgullo de su familia, la celebridad de su nombre y el ornamento de su patria; ó los vicios que han de rodearle de afrenta, captarle el desprecio público, y acaso las maldiciones de la posteridad. El hogar es nuestra primera y mas fructífera escuela, el mas seguro asilo en nuestros quebrantos, la tranquila ensenada á donde no llegan las ráfagas tempestuosas que agitan los mares del gran mundo.

En el seno de la familia, las pasiones aviesas se calman insensiblemente, en tanto que las pasiones dignas recobran el perdido imperio; y al recobrarlo, nos ennoblecen á nuestros propios ojos y á los ojos de la sociedad. Reina allí una atmósfera de paz y de virtud que penetra, por decirlo así, en todo nuestro sér, que nos trasfigura y perfecciona. A la vista de una esposa digna, y rodeados de las caricias infantiles de nuestros hijos, ó escuchando las reflexiones de los que hemos logrado educar en la caridad y el amor al estudio, los propósitos de venganza se mitigan y los resentimientos se aplacan; las amarguras ocasionadas por la ingratitud ó la injusticia de nuestros semejantes, pierden gran parte de su intensidad, y la reflexión serena levantándose sobre el alma, bien así como el sol se levanta en el horizonte entre los opacos vapores del alba, nos devuelve el dominio sobre nosotros mismos, y cambia al fin en un sentimiento de inofensivo desden el interior tumulto suscitado por el agravio que pocos momentos antes nos parecía insostenible, por la injusticia que armaba nuestro brazo, y por la injusticia que nos reclamaba reparaciones sangrientas.

El cotidiano trabajo, el afán con que el hombre soporta el peso de la vida parecen mas llevaderos cuando se les examina al dulce calor de los afectos de familia; lo agradable se reviste de nuevos atractivos, y lo desagradable se despoja como por sí mismo de sus repulsivas condiciones. No en vano, antiguos pueblos divinizaron el hogar doméstico, al ponerlo bajo la peculiar protección de los dioses Penates, símbolos al par que custodios del recinto que cobija la familia.

Los pueblos no pueden ser virtuosos, y por lo tanto, libres ni felices, si no adquieren el primer grado de perfección intelectual y moral en el hogar doméstico, si no comprenden la santidad y la alta significación social que á él esencialmente se enlazan, si no le aman, si no se juzgan felices á su sombra, si no le tributan el doble culto del cariño y del respeto. El que lo supone á livianos pasatiempos es un sér frívolo; el que huye de él porque lo aborrece, no figurará nunca en el glorioso catálogo de los hombres honrados y de los buenos patriotas.

¡Dichosos los que encuentran al lado de su esposa, de sus hijos ó de sus ancianos padres, una grata indemnización á los sinsabores, á las inquietudes y desengaños de que nos rodean falsos amigos, injustos gobernantes y acibarados placeres! ¡Dichosos los que se emancipan del yugo de borrascosos deleites, y saben ser felices en su propio hogar! ¡Dichosos cien veces los que, tributarios únicamente de la virtud y del honor, se bastan á sí mismos, y, roto el yugo de costumbres automáticas, ó de perniciosas preocupaciones sociales, saben exhibirse entre sus conciudadanos como modelos dignos de imitación y aplauso!

## CAPITULO VIII.

### I.

Llega un día en que el hombre, traspasando los estrechos límites del hogar paterno, preséntase, para ya

nunca abandonarlo, en el vasto palenque de la sociedad. Ese día, al revestirse solemnemente de derechos que le ennoblecen al mismo tiempo que le ligan, entra en una órbita de deberes para cuyo estricto cumplimiento necesita una serie de conocimientos, sin los cuales el ejercicio de esos derechos sería estéril siempre, y en la generalidad de los casos altamente perjudicial.

El hijo, emancipado de la patria potestad, pasa á pertenecer á la nación, y á ésta debe consagrar sus ulteriores afanes y el resto de su existencia. Bajo el punto de vista de las leyes sagradas del corazón, deberá pertenecer siempre á los que le dieron el sér y al calor de su cariño y de sus desvelos de muchos años le abrieron seguro paso en las peligrosas primeras sendas de la vida; pero bajo el punto de vista de otras leyes igualmente respetables, se deberá por completo á su patria.

¡Cuán dulce, oh patria, es tu nombre! El esquimal que habita las inhospitalarias playas que ciñe entre sus hielos eternos el océano polar ártico, y el patagón, perdido en los desiertos que terminan hacia las regiones australes las costas del Nuevo Mundo; el lapón, enterrado eternamente en los subterráneos que mal le protegen contra las nieves que cubren su suelo, falto de la luz del sol durante muchos meses, y el hijo de las ciudades fastuosas embellecidas por las ciencias y las artes, poderosas por las armas ó por la diplomacia, opulentas por el comercio y la producción fabril; todos, en una palabra, todos los hombres aman igualmente á su patria.

Invadid el territorio del esquimal, del patagón, del lapón; invadid la playa, el bosque, la montaña, el valle, la llanura, la isla, la península, la sábana, la pampa, la comarca habitada de cualquier latitud; ¡ah! no la invadireis, no, en vano. Allí donde haya hombres, allí vereis levantarse millares y millares de brazos armados en defensa del suelo querido, del territorio predilecto para los que en él nacieron, del terron sagrado de la patria.

Los combatientes, salvajes ó civilizados; el europeo, como el hijo de los archipiélagos oceánicos; el asiático, como el africano y como el hijo de los mundos trasatlánticos, no entrarán, en presencia de los invasores de su país, en frios cálculos acerca de la superioridad ó inferioridad numérica en que se encuentran respecto de sus enemigos: no contarán sus propias legiones, ni las legiones profanadoras de su suelo: se arrojarán impávidos á la pelea; y, bien ó mal armados, bien ó mal dirigidos, pero dirigidos siempre por el impulso superior del patriotismo; bien ó mal alimentados, bien ó mal organizados, vencerán una y otra vez á sus enemigos.

Y los vencerán, y les harán morder el polvo de sus campos, y los arrojarán al mar, y les abrirán sepultura inmensa en sus rios y montañas, siquiera á la estrategia mas inteligente no opongan sino la astucia instintiva del sentimiento de la natural defensa; siquiera al perfeccionado cañón y á la carabina de fabuloso alcance no opongan sino el hierro con que en la paz rompen las entrañas de la madre tierra; siquiera á la acorazada nave, flotante ciudadela y marítimo palacio, no opongan sino la desnuda muralla de sus pechos, desde la frágil canda ó la impotente balsa; la muralla de sus pechos, desde la cual, sino truena la artillería poderosa del arte moderno de la guerra, tronarán devastadores los volcanes fraguados por el inextinguible fuego del amor á la patria.

Pero, una vez invadido el territorio, no sólo todos los hombres que lo habitan se convertirán en intrépidos guerreros; no sólo al hierro y al fuego se confiará la defensa del hogar y de la nacionalidad, de la propiedad privada y de la independencia política, sino que la naturaleza entera se verá puesta á contribución por los ejércitos patriotas: el árbol será un puesto avanzado, la colina un reducto, la montaña una serie de insuperables trincheras, el caserío una atalaya, el matorral una emboscada y el accidente topográfico, al parecer insignificante, una parte del sistema general de ataque y defensa. El río se desbordará sobre el llano y lo hará impracticable, en tanto que el lago, sistemáticamente encerrado en sus habituales límites, sin renovación, sin curso, sin aire, enviará á lo lejos sus pestilentes emanaciones, verdugos implacables de las huestes invasoras, entre las cuales se extenderán invisibles como el átomo, y silenciosas como la muerte.

La guerra por la patria adquiere fácilmente el carácter religioso, se convierte pronto en guerra santa. La patria y la religión se confunden y enlazan de una manera maravillosa en el corazón de los pueblos. El guerrero que sucumbe peleando en el centro ó en las fronteras del territorio en que se mecía su cuna, es un mártir á los ojos de los que le sobreviven; y si ha llevado á cabo extrañas proezas que le han hecho la admiración de sus compatriotas y el terror de sus enemigos, su nombre pasa de generación en generación rodeado de la doble aureola del heroísmo y la santidad.

Y si después de prodigios casi fabulosos, la nacionalidad sucumbe, no sucumbe su recuerdo, antes bien sirve de poderoso estímulo á las nuevas generaciones para que continúen incansables la obra inter-



rumpida ó desgraciada de sus mayores; porque tan imposible sería borrar del corazón de los hombres el amor á su patria, ó hacerles renunciar á su independencia, como es imposible destruir la memoria del hogar paterno, de los cantares con que nuestras madres arrullaron nuestro sueño, del árbol secular que sombreaba el techo que cobijó nuestra infancia, y del riachuelo en cuyas orillas, testigos de nuestros juveniles pasatiempos, se deslizaron fugitivos como sus aguas, los primeros años de nuestra vida.

En la guerra por la patria toman espontánea parte el joven y el anciano, la mujer y el niño, el labrador y el sacerdote, el magistrado y el jornalero, el comerciante y el literato. El que titubea en acudir á los campos en que se deciden los destinos de su patria, es tenido por vil; el que impasible mira consumarse la usurpación de su territorio, es relegado á la miserable categoría de los traidores.

Así, pues, el patriotismo es el primero, mas ineludible y general de los deberes políticos. No obliga á un solo individuo, ni á una sola corporación, ni á una sola clase, sino que obliga á todas las clases, á todas las corporaciones, y á todos los individuos. El monarca y el súbdito, el sabio y el soldado, el rico y el pobre, el habitante de la corte como el de la aldea, deben indistintamente á su patria la potestad de que se hallan revestidos, sus riquezas, su brazo, sus talentos, su influencia, el lustre de su nombre, cuanto son, tienen y valen; y su gloria será tanto mayor, cuanto mayor sea la suma de sacrificios que llevan á cabo en los días de prueba á que la Providencia somete algunas veces á las naciones, para castigarlas ó para enaltecerlas. Porque días de ruda prueba son para ellas los en que el extranjero traspasa sus fronteras en són de guerra: en este caso y otros análogos, es obligatoria la defensa de la patria; es forzoso pelear en todos terrenos, en el campo, en el taller, en el bufete, en la cátedra, en la tribuna parlamentaria, en el púlpito, en el libro, en la poesía popular, en el foro, en el periódico; y esto, día y noche, sin dar paz á la mano ni tregua al ingenio, porque ante todo y sobre todo es indispensable salvar la integridad del suelo, la dignidad del individuo y el buen nombre de la nación.

El patriotismo es, por consiguiente, como ya hemos dicho, el primero y mas comprensivo de los deberes, en el orden civil. Es la piedra angular y al mismo tiempo el remate del edificio político; y así como la familia no se concibe sin el amor filial, así el pueblo sería imposible sin el amor patrio, segunda religión de todas las razas humanas. Sin él, la ciencia política, reducida á un conjunto de impracticables quimeras, carecería á la par de punto de partida y de punto objetivo; y el hombre se arrastraría en la tierra, juguete miserable de un idiotismo eterno.

(Se continuará.)

MANUEL MARÍA FLAMANT.

## IGNACIO CORREA, CAZADOR DE TIGRES.

Cuando al terminar una tarde del ardoroso estío, el dulce ambiente crepuscular refresca la atmósfera y la adorna con brillantes colores, me complace contemplar tan hermoso espectáculo y admirar la obra de Dios.

Entre los recuerdos de los tiempos pasados, conservé grabados en mi memoria varios de los encantadores panoramas, cuya vista proporciona goces tan suaves y deliciosos, que jamás se olvidan.

El que no ha contemplado alguno de los magníficos cuadros de la naturaleza que tan comunes son en las bellas campiñas del Brasil, no ha experimentado la deliciosa emoción que obliga al hombre á doblar la rodilla para adorar al Criador.

Una tarde, á la hora en que el sol comienza á desaparecer detrás de la verde valla formada por orgullosos cocoteros, caminaba yo lentamente á lo largo de un sendero, meditando y encomendándome al Autor de todas las maravillas que contemplaban mis ojos, que entusiasmaban mi espíritu de poeta y embriagaban é impresionaban mi alma.

De pronto, mis miradas se fijaron en una cabaña situada en el valle, en medio de naranjos y de jabuticabeiras. Detúveme para contemplar el cuadro magnífico que se desarrollaba á mi vista: en primer término, un bosque de verde follaje y el valle completamente cubierto de árboles y sembrado de flores multicolores; á los lados y en lontananza, dos montañas tapizadas de verde; frente á frente, mas lejos todavía, el mar completamente azulado y bordado de magestuosas palmeras, cuyas sombras se proyectaban sobre el hermoso azul del Atlántico.

Me dirigí, pues, hacia la cabaña, persuadido de encontrar en ella la excelente hospitalidad que ofrece siempre al viajero el campesino.

No tuve motivo de arrepentirme; bajo el pobre techo de la humilde cabaña encontré un tipo de notable valor, el mayor tal vez de cuantos he visto durante mi vida. Conocía por su reputación al hombre terrible, ante el cual me había la casualidad colocado.

Ignacio Correa, de Pimpóra, es uno de estos hombres extraordinarios que hubieran alcanzado una fama universal, si no hubiesen nacido en medio de las montañas de la América del Sur. Esto no obstante, el gran cazador llamado Julio Gerard, jamás había ganado mas brillantes victorias durante aquellas noches sangrientas y gloriosas, pasadas en los abandonados confines del África.

Ignacio Correa se ha declarado mucho tiempo hace implacable enemigo del tigre, y deja correr su vida persiguiéndole noche y día en las montañas, en los valles, bajo las sombrías bóvedas de aquellos bosques vírgenes, y siempre alerta, allí permanece firme, arma al brazo, inspeccionando con ojo certero el espacio, con el oído atento; y cuando se deja escuchar el ruido de las secas ramas que crujen bajo el pesado paso del enemigo, el feroz cazador de tigres eleva su noble frente, fija sus verdes ojos en el temible animal, encara su fusil, y en el momento en que la fiera lanza un terrible aullido que cien veces repite el eco de las montañas, se mueve rápidamente para caer sobre su valeroso enemigo. Ignacio Correa hace fuego, y el animal rueda por el polvo y entre las hojas secas, enrojeciendo con su sangre el cactus y el aloe que aplasta y deshace á impulso de las convulsiones con que termina su abrasadora y terrible agonía.

Ignacio Correa es un hombre de cuarenta años; su talla, mas que mediana, es esbelta; lleva alta la frente; su rostro, tostado por el sol, está lleno de expresión y animado por dos ojos de color verde-mar, que lanzan miradas magnéticas, al paso que sus facciones tienen un aire de bondad y franqueza que le hacen en extremo simpático. Muéstrase tranquilo en toda su persona, y todo revela en él esa sangre fría del que posee la conciencia de su propia fuerza.

Julio Gerard, al cual me complazco en comparar con Ignacio Correa, tenía mucha semejanza con nuestro héroe; ¿será quizás que los mismos sufrimientos é idénticos goces, las mismas fatigas é iguales trabajos, noches sin sueño y parecidos temores, los dolores mismos, idénticas meditaciones, iguales preocupaciones, las mismas esperanzas é idénticos triunfos, situaciones físicas y hasta igual existencia moral confunden ambas naturalezas, las asimilan y hacen semejantes entre sí? Los sacerdotes que sacrifican al pie de los altares, se asemejan todos; los soldados que por el honor de su patria combaten, los forzados que arrastran la cadena y el peso de su vergüenza, sobre sí llevan la indeleble marca que los clasifica y hace conocidos en todas partes, como una gloria los primeros y los segundos como una ignominia.

Julio Gerard mataba al rey de los animales con un magnífico fusil de ébano incrustado de plata, que era regalo del emperador de Austria. Ignacio Correa, el cazador de tigres, no posee mas arma que un fusil de Braga, que carga con grosero plomo.

Con semejante arma, absolutamente sencilla, ha vencido el cazador brasileño á mas de cincuenta panteras, muchas de ellas de bellísima piel negra; otras, sembradas de manchas negras y blancas; algunas de ellas de ocho palmas de longitud. Ignacio Correa enseña orgulloso la piel de una de tan feroces criaturas vencida por él, que no tiene menos de nueve palmas.

Aquel feroz animal era ayer una furiosa fiera que nadie podía domar, cuya baba infectaba sobre su paso cuanto humedecía; hoy no es otra cosa que una suave alfombra, sobre la cual se posa el delicado pie de una linda y pálida hija de Eva.

La prensa francesa ha celebrado con justicia los servicios prestados por Julio Gerard en sus peligrosas cacerías; la colonia francesa, en Africa, ha testimoniado mil veces su gratitud al matador de leones. ¿Cuánto y cuán grande no debe ser el reconocimiento de los habitantes del país en que verifica sus cacerías Ignacio Correa!

Es bien sabido cuán grande y oneroso es el tributo que anualmente pagan los establos á los tigres y las panteras, que, obedeciendo á sus naturales instintos, tienen buen cuidado de elegir los mas bellos y lucidos animales.

MM. Marcel de Serres y Saint-Hilaire aseguran que muchas razas de animales feroces han desaparecido de la superficie de la tierra. ¿Por qué? Hé aquí la explicación que nos ofrece M. Luis Figuier: ¿cuál ha sido la causa que ha determinado la extinción sucesiva de tan numerosas razas de animales? Nosotros la encontramos en las incansables cacerías que algunos indomables seres hacen de las bestias feroces.

Destruir aquellas razas es igual á prestar un inmenso servicio á la humanidad, á los propietarios, á las poblaciones, al país entero.

Así lo comprendieron, Luis Felipe, cuando condecoró á Julio Gerard, Napoleon, al colmarle de beneficios, y el emperador de Austria, al regalarle una arma de honor. Del mismo modo lo han comprendido los reyes, los príncipes, los banqueros, remitiendo su oro y sus regalos al matador de los leones.

Así lo comprendió Horacio Vernet, al inmortalizar las facciones del *Capitan sin Miedo*, trazando sobre el lienzo el retrato del héroe, y del mismo modo lo comprendieron los poetas, cuando han cantado los altos y relevantes hechos del noble cazador.

Cuando el sol aparece sobre el horizonte y colorea la campiña, Ignacio Correa deja su retiro, y con el fusil al brazo, seguido de su perro, se lanza al través de bosques y florestas. Muchas veces tiene que caminar largo tiempo del mismo modo. Un día al salir de un bosque de *goiabeiras*, se encontró repentinamente en una de esas praderas naturales que existen en medio de los bosques (*capoieiras*), como para neutralizar la monotonía de la floresta. De pronto deteniéndose su perro, y comienza á gruñir; aulla, y sus alaridos hacen que aparezca mas feroz el furioso animal. Ignacio Correa comprende que el enemigo está cerca. Busca con su práctica vista al través de los bananeros y tamarindos, y su mirada penetra en lo mas espeso; inmediatamente ve aparecer ante él, á algunos pasos de distancia, la mas bella pantera que jamás vieran sus ojos de veterano cazador. No siempre lleva consigo la muerte el plomo con que está su fusil cargado; bien lo sabe el cazador; sabe tambien si no sucumbe inmediatamente su temible adversario, que el peligro es inminente: lleva consigo una *azagaya* (lanza), pero puede romperse y dejarle á merced de su formidable adversario. Pero ¿qué importa todo esto al valeroso cazador? Dirige una mirada á su perro, que está acostado á sus pies, temblando como la hoja; hace la señal de la cruz, da una palmada al perro y el animal exhala un feroz aullido. No parece la pantera menos atenta; apenas las partes blancas de su ropa de seda, están manchadas con algunas rosadas señales. Ignacio Correa no vacila; espera con una sangre fría inaudita á la furibunda fiera que se arroja sobre él, fijando sus sanguinolentos ojos sobre los ojos penetrantes del cazador, que jamás se abaten al suelo.

La lucha es suprema, los momentos solemnes; la fiera se precipita sobre el hombre, y el hombre, tranquilo, levanta su azagaya; en el instante en que la pantera va á asir al cazador y aplastarle contra la tierra, aquel hunde su arma hasta el guardamano en el corazón de la fiera. Caen ambos, uno á la derecha y otro á la izquierda; la una herida de muerte y el otro á impulso de la feroz sacudida, que recibe y no puede resistir.

Ignacio Correa se levanta algunos minutos despues de terminada aquella breve y sangrienta lucha; sacude tranquilamente el polvo de que está cubierto y acaricia á su perro, que le lame las manos y parece envidioso de tener tan noble y valeroso dueño.

En seguida retrocede, y de nuevo emprende su camino: todo ha terminado; apenas algunos vecinos tendrán noticia de tan glorioso episodio, y al siguiente día el cazador brasileño continuará su género de vida, humilde como la vispera, y como la vispera, sin orgullo.

Bendigo mil veces á la casualidad que me ha permitido escribir el nombre de Ignacio Correa; quisiera poder trazarle en letras de bronce, sobre el frontis del templo de la *Memoria*.

Le doy, al menos, cuanta publicidad puedo darle.

D. F. DE RIO JANEIRO.—L. S.

## COSTUMBRES DE MARRUECOS.

PRELIMINARES, CEREMONIAS Y FESTEJOS DE LAS BODAS ENTRE LOS MOROS.

En la actualidad son rarísimos los moros, particularmente los que tienen algun trato con los europeos, son muy raros, repetimos los que antes de contraer matrimonio no ven los rostros de sus novias y no averiguan las buenas condiciones que las adornan.

Para este objeto suelen valerse, ó bien de alguno de los parientes de la mora, ó de sus servidoras, que se prestan muy gustosas á hacer este servicio mediante una gratificación.

El moro que está oculto, la contempla á su sabor, en tanto que ella, que por lo general sabe ó sospecha que es objeto de una minuciosa observación, emplea para hacerse agradable ó simpática, esos artificios inocentes y seducciones que son tan naturales á todas las mujeres.

Si el que quiere casarse le ha gustado la mora, despues de haber arreglado con sus padres ó tutores el contrato matrimonial, es llevado á la casa del *cadí*, acompañándole todas las personas que han figurado en él.

Despues de formalizado éste, se dirigen á la casa del novio en compañía de cuatro *edules* ó escribanos, y los circunstantes hacen al Todopoderoso una súplica, en la cual le piden conceda á los novios toda clase de felicidades en esta vida, y los goces del *Paraiso* luego que mueran.

Dicha oración suele prolongarse hasta que el *cadí* se pasa la mano derecha por el rostro y la barba, besándose la al mismo tiempo, para significar con esto que la oración ha terminado.

Entonces algunas negras, pagadas ya de antemano, lanzan desde una habitación contigua agudos chillidos que llaman de *fantasia*.

En la noche de aquel día, el padre de la novia re-



une á todos sus amigos, y conduce sobre mulas los objetos de pertenencia de la mora.

Al día siguiente, se juntan en casa de ésta muchas mujeres.

Las casadas, se sientan sobre almohadones en el patio de la casa, y las solteras bailan entre tanto al són de panderos.

Cuando sucede esto, la novia permanece encerrada en un cuarto en donde la acompañan solamente dos doncellas, las que no se separan de ella hasta que va á ser entregada á su esposo.

El baile dura con muy cortas interrupciones todo aquel día y parte de la noche, y durante otros tres mas se suceden los festejos y comidas que se celebran segun los posibles de los contrayentes.

Si el novio no tiene ya otras mujeres, se queda encerrado en su casa durante cuatro días consecutivos.

Al tercero, le pintan á la novia los pies y las manos con el zumo de una yerba que se llama *gen-na*, la cual tiene la propiedad de teñir de un color encarnado oscuro, y es por la forma de sus hojas muy parecida á la del olivo.

Entre tanto, la mora se halla rodeada por sus mas íntimas amigas, las cuales entonan los cantares mas tristes que conocen.

La novia tiene entonces que llorar por precision, y cuando las demás mujeres que están en su compañía creen que estas lágrimas se prolongan demasiado, se acercan á su oído, y con palabras picantes alusivas todas ellas al estado que va á abrazar, cambian las lágrimas y suspiros en sonrisas de esperanza y de satisfacción.

Entonces el rostro de las moras, brillante de hermosura, se parece al sol cuando lanza sus rayos al través de una nube.

Las lágrimas se secan por completo; torna á rena-



VENEZUELA.—EL GENERAL PEDRO MANUEL ROJAS.

cer la alegría en sus rostros, y la zambra empieza con mayor animación entre las bailarinas.

Los gritos entonces son mas agudos, las canciones se confunden, y de aquí resulta un estrépito inaguantable aun para aquellos que están acostumbrados á oír tal algazara.

En este mismo día el novio tiene que remitir á la casa de su amada, por medio de mujeres negras ó sirvientas, las babuchas que ésta ha de usar, los mas ricos perfumes que pueda procurarse, y la yerba *genma* con que se ha de pintar.

También tiene obligación de enviar un presente á cada uno de los individuos de la familia de su futura.

Estos presentes ó regalos los conducen, como ya llevamos dicho, algunas sirvientas en una *maioda* ó bandeja cubierta con un paño bordado: la riqueza de los regalos, es como debe suponerse, arreglada á la fortuna del novio.

Hechos estos preliminares del casamiento de un moro, su familia adorna un gran cajon en forma de una linterna antigua, cubriéndolo con ricas telas, tembleques, joyas y flores; también segun su riqueza.

Este cajon, ó mejor dicho esta jaula, es colocada sobre una mula y sirve para encerrar en ella á la novia.

Reúnense luego los amigos de los contrayentes, armados todos ellos de espingardas y provistos de mucha pólvora.

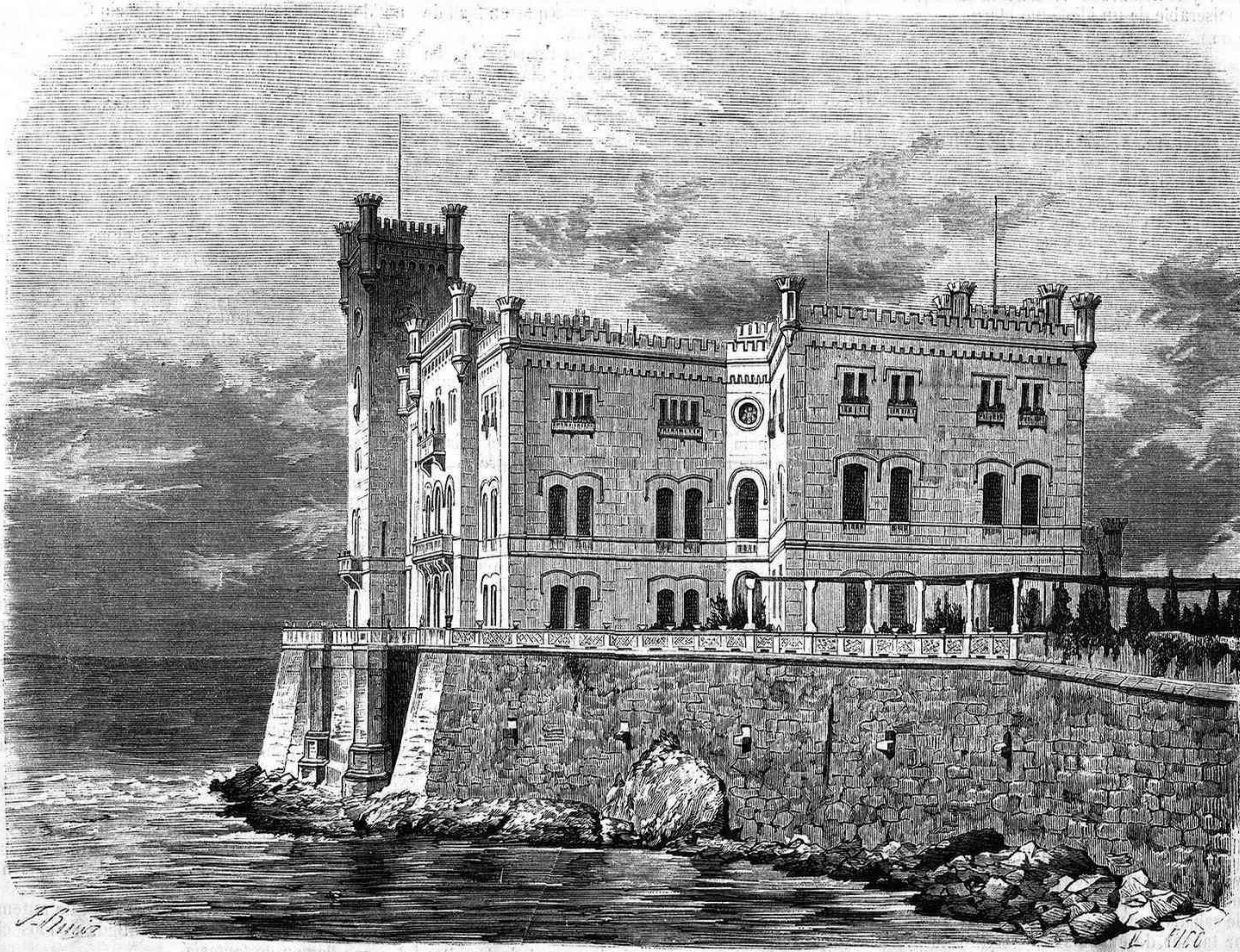
Si son ricos ó personas bien relacionadas que ocupan un puesto de alguna importancia, acompañan á los novios multitud de gente.

El cortejo camina en esta forma:

Rompen la marcha una porción de chiquillos, que sin que nadie los llame, toman parte en la fiesta correteando de aquí para allá y gritando lo mas que pueden.

Siguen los convidados y parientes de los novios montados en caballos árabes ó poderosas mulas ricamente enjaezadas.

Después, marchan dos ó tres músicos que tocan tamboriles y una especie de clarinetes bastante pare-



CASTILLO DE MIRAMAR, RESIDENCIA ACTUAL DE LA PRINCESA CARLOTA, VIUDA DEL EMPERADOR MAXIMILIANO.

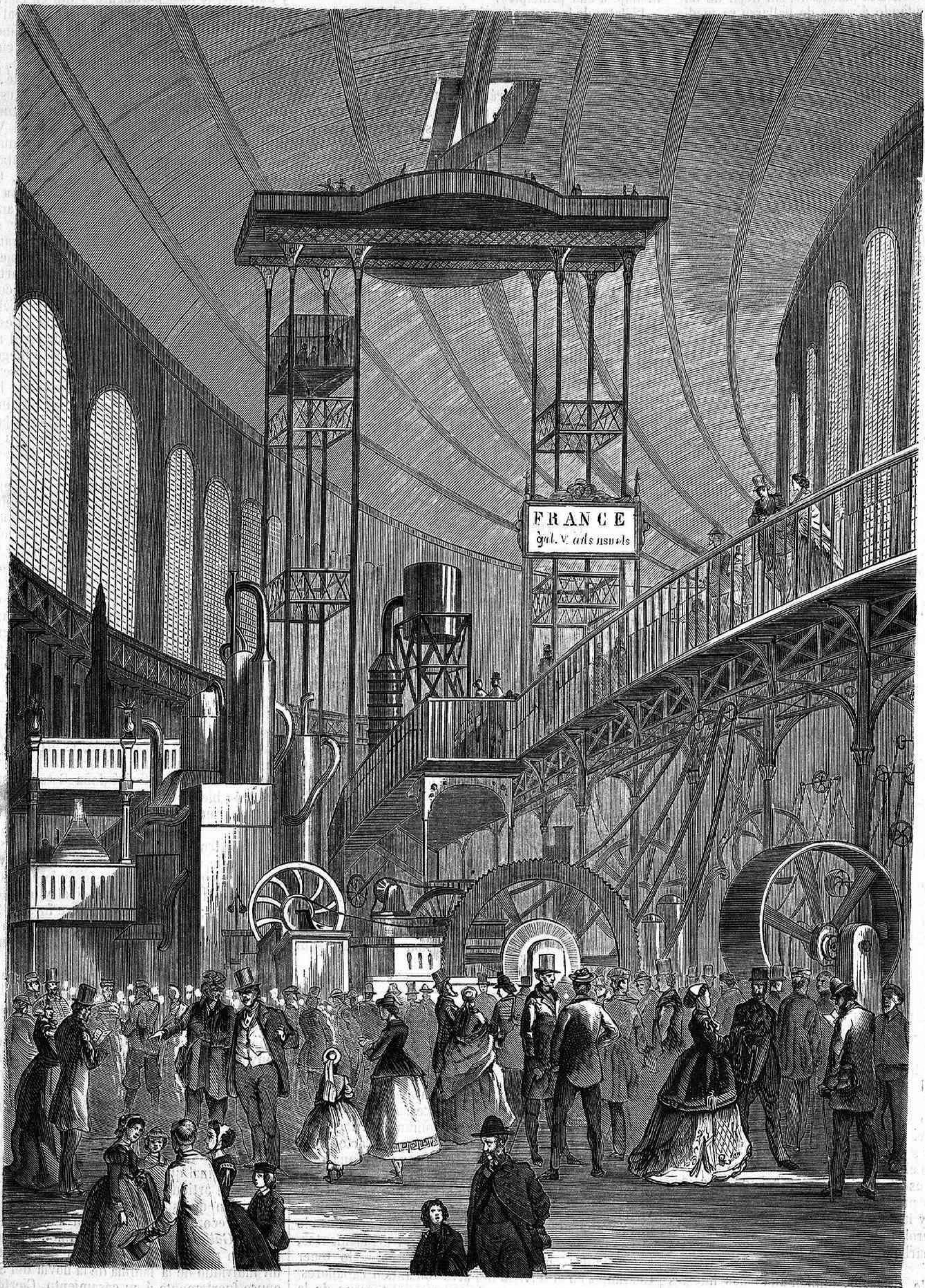


cidos á los nuestros en la forma y que llaman *gaitas*.  
 El sonido de estos instrumentos es ronco y desaparecible, y los moros nunca varían en sus tocalas.  
 Sin embargo, oyéndolos á lo lejos, tienen bastante dulzura y encantan sin saber por qué.  
 Siguen á los músicos dos ó mas pendones que pertenecen á otr.s tantos *santos*, y luego marcha la

mula con el jaulon, en donde va quizá ahogándose la pobre mora.  
 Este jaulon lo sostienen por ambos lados dos moros que van á pie.  
 El novio, dando la derecha á su futura, monta en un caballo de noble estampa, y cubre su cuerpo de los pies á la cabeza con un inmenso albornoz, cuya capu-

cha lleva echada sobre el rostro: apenas se mueve de su montura.  
 Por último, cierran la marcha otra porcion de moros que van á pie, llevando todos ellos largas espingardas.  
 La desapacible música, no deja de tocar un solo instante.

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS.



SECCION FRANCESA.—APARATO DE ASCENSION DE MÁQUINAS.

Los moros de á pie juegan con sus armas cargadas lo mismo que si fuese con endebles cañas, y en seguida, dando vueltas muy rápidas sobre un pie, disparan contra el suelo lanzando al mismo tiempo grandes gritos.  
 Esto es lo que hemos visto hacer en el casamiento de un moro muy rico.  
 Dirigióse la comitiva en la forma que llevamos des-

crita, á las afueras de la poblacion, con el objeto de hacer correr á los caballos y disparar las espingardas.  
 Hicieron parar las caballerías que conducian á los novios; plantaron delante de ellos los pendones, y situándose los músicos á sus espaldas comenzó la fiesta.  
 Los moros montados se separaron en dos partidas, y mientras unos cargaban las espingardas, los otros animando á sus cabalgaduras con gritos prolongados,

se lanzaban al galope disparando sus armas durante él.  
 Concluida la carrera, tornaban al sitio de donde habian partido, caminando al paso, y la otra mitad del escuadron los reemplazaba en la carrera y los disparos.  
 De este modo trascurrieron mas de cinco horas.  
 Mientras tanto, los moros de á pie rodeados de infini-



dad de mirones, formaban una enorme rueda, y bailando al son de los tamboriles y de las *gaitas*, echaban á lo alto un pedazo de estera, disparando luego sobre ella con grande algazara.

La sangre africana de estos tiradores llegóse á encender de tal modo, que encarnizándose contra la pobre estera, á quien en nuestro concepto llegaron á cobrar un odio mortal como si fuese un enemigo, no contentos con hacerla pedazos, la prodigaban los nombres mas injuriosos que su imaginacion podia sugerirles.

La fiesta terminó con el día.

Entonces volvieron á la poblacion, sin dejar de hacer disparos y gritando á pesar de hallarse ya medio enronquecidos.

De esta clase de diversiones y de las carreras de caballos, á las que son tanto ó quizá mas aficionados que los ingleses, suelen resultar algunas desgracias que no bastan á moderar sus desenfadados y brutales espectáculos.

El moro sale de su habitual apatía luego que percibe el olor de la pólvora y oprime los lomos de su caballo.

Entonces la sangre sube á su rostro; sus narices se dilatan extraordinariamente, y ábrense sus ojos llenos de fuego que contemplan el espacio que la cabalgadura va á devorar en pocos momentos.

Nada mas bello, ni mas peligroso á la par que una de estas carreras.

Los pintorescos trajes de los moros, en algunos de los cuales sobresalen las riquezas; aquellos hermosos caballos ligeros como gacelas, fuertes é incansables, que á los gritos salvajes de sus dueños contestan con prolongados relinchos de placer que no bastan á sofocar los bárbaros pinchazos de las espuelas que desgarran sus hijares; la variedad y brillantez de los colores en los trajes de los ginetes y paramentos de sus corceles, forman un cuadro lleno de hermosura y brillantez, imposible de describir.

Las fiestas y ceremonias de una boda entre los moros, terminan conduciendo á la mora, á la casa de su esposo y encerrándolos á ambos en una habitacion en la puerta de la cual se sitúan algunas mujeres.

Si el recién casado sale á la puerta y dispara un pistoletazo, todos prorumpen en grandes gritos de alegría, y el padre de la recién casada recibe las felicitaciones de los convidados.

Si sucede lo contrario, el moro le devuelve á su hija que cabizbaja y pensativa se retira á su casa, en medio del menosprecio y triste silencio de los circunstantes.

El casamiento queda deshecho, y la mora deshonorada.

Bien se puede decir de las mujeres mahometanas: ¡Pobres mujeres!

ANTONIO DE SAN MARTIN.

## EL GENERAL PEDRO M. ROJAS.

El retrato que hoy damos es el del caudillo de los llanos de Venezuela, general en jefe de esta república, Pedro Manuel Rojas, que tan justa celebridad se ha conquistado por sus prendas militares y políticas.

Nació en Santa Rosa, poblacion del Estado Zamora, antigua provincia de Barinas, por los años de 1828. Despues de haber recibido la mejor educacion que sus padres podian darle en aquellos lugares, se dedicó desde muy temprano á la agricultura, la ganadería y el comercio, haciendo progresar su fortuna por medio de su laboriosidad, del acierto en sus disposiciones y de las garantías de que se gozaba en toda Venezuela, bajo la liberal administracion del general José Tadeo Monagas, presidente de aquella república.

El joven Rojas, abstraído de la política, al saber en 1858, que habia habido en Valencia un alzamiento para derribar al presidente Monagas y extinguir las libertades públicas, organizó por lo pronto una columna que tuvo que licenciar al saber la abdicacion de aquel jefe, víctima de traiciones é ingraticitudes.

Continuó en sus trabajos habituales hasta que en 1859, hostigado el país por las persecuciones del partido que habia escalado el poder, proclamó su caida. Entonces Rojas principió á liquidar sus negocios con precipitacion, y luego que cubrió todos sus créditos, armó con tercerolas unos doce hombres, dió el grito de libertad, enarboló la bandera federal, y se lanzó á la guerra.

La fortuna le protegió, aumentando sus huestes provistas de las armas que tomaba á sus enemigos, dió multitud de batallas, derrotó, entre otros, á los generales Brito y Camero, dos de los jefes mas acreditados del gobierno de aquella época, tomó plazas por asalto y rindió ejércitos. Despues de la victoria, se confundía con los vencidos, á quienes trataba con afecto y familiaridad, convirtiéndolos á todos en entusiastas partidarios y amigos decididos.

La gran cualidad del general Rojas como guerrero, es su serenidad en los combates. En medio de los mas grandes peligros y de las mayores dificultades se le ve impassible meditando con calma. En la desgracia

y en la prosperidad, en los triunfos y en los reveses, en su semblante no se refleja emocion alguna.

Nombrado senador, llamado por votacion popular á diferentes altos puestos civiles y elegido para importantes destinos en la milicia, ha rehusado los honores que estos empleos pudieran proporcionarle, y continuado en la vida privada.

A pesar de haber recorrido toda la gerarquía militar y legado por rigurosa escala al mas elevado puesto de ella, nunca ha llevado insignias militares. Hombre esencialmente civil, rinde sinceramente homenaje á sus principios.

Idólatra de las garantías individuales del ciudadano, las hace respetar hasta en favor de sus contrarios, aun en medio de la mas encarnizada lucha.

Con tales dotes, el general Rojas se ha conquistado en su patria numerosas simpatías, adquirido una inmensa popularidad, labrándose una reputacion nacional, y atrayéndose las alabanzas y el acatamiento, aun en medio de la guerra, de sus mismos adversarios.

## CASTILLO DE MIRAMAR,

RESIDENCIA ACTUAL DE LA PRINCESA CARLOTA, VIUDA DEL EMPERADOR MAXIMILIANO.

En diciembre del año último publicó EL MUSEO una vista panorámica de Miramar, residencia en aquel entonces de la princesa Carlota, esposa del emperador de Méjico, Maximiliano. Pero en dicha vista aparecia el castillo ó palacio ligeramente indicado, y en la que hoy ofrecemos, sacada de una fotografía que se nos ha remitido, se ve con todos sus detalles, destacando sobre el fondo del cielo las formas arquitectónicas del arte de la Edad Media, y sirviendo, como antes, de morada á la ilustre cuantó infortunada viuda de Maximiliano.

## ESPOSICION UNIVERSAL.

APARATO DE ASCENSION DE MÁQUINAS, EN LA SECCION FRANCESA.

En medio de la seccion francesa de la Esposicion se eleva un aparato particular, una máquina para levantar hombres, como las que se usan desde hace muchos años en las fábricas inglesas para los jefes de las mismas, y como las que tambien están en uso de algun tiempo á esta parte, en el Grand Hôtel del baluarte de Capuchinas en París, para evitar que suban la escalera las personas enfermas ó débiles. Dos grandes jaulas de varas de hierro, cada una de ellas con dos bancos pequeños puestos en equilibrio, suben y bajan entre dos hileras de barras del mismo metal formadas por otras cuatro barras, igualmente de hierro, del grueso de un brazo, que llegan hasta el tejado. Por medio de esta jaula, segun se ve en el grabado adjunto, se puede subir tranquilamente hasta el tejado de la Esposicion y gozar allí de una perspectiva magnífica, del Campo de Marte, de la ciudad de París y de sus amenos alrededores. La especulacion no ha olvidado en esto sus intereses; la ascension cuesta 50 céntimos; en la plataforma hay una fonda y antes de salir de la jaula se oye una voz suplicante que dice: «¡no olvidarse del mozo!» pero la ascension es sumamente agradable.

## ORIGINALES DE DON QUIJOTE.

El comento de este libro viene, desde su aparicion, dividiéndose en dos ramas completamente diversas y opuestas, cuyos frutos, si bien pueden ser objeto de curiosidad y de instruccion en materias varias de mas ó menos momento, son por lo comun estériles en el vasto y elevado dominio de la crítica del arte. Partiendo ambas del mismo tronco, esto es, de una sujecion exageradamente respetuosa á declaraciones de Cervantes, que no son mas que formales y están desvirtuadas por la ironía que emplea y las contradicciones en que se hallan con el espíritu que invade todo el poema, la una se consagró á buscar los elementos, antecedentes, originales y modelos que pudo tener Cervantes en el terreno del arte romántico caballeresco; y la otra los que pudo tener en el terreno de la naturaleza viviente y humana. La primera, lleva á la cabeza á Clemencin; la segunda, tiene al frente á don Ramon de Antequera. Clemencin despolvoreó *in-folios*, examinó historias é hizo una menuda pepitoria de personajes, aventuras, nombres, períodos, frases y partículas de las fábulas de andantes; Antequera hizo lo propio con archivos de ayuntamientos, inscripciones, partidas de bautismo y defuncion, de las librerías parroquiales y escrituras de compra y venta protocoladas en los oficios de escribanos públicos. Los que han recedido ó continuado la obra de estos dos jefes de

tan peregrina clase de comento son tantos, que fuera prolijidad enumerarlos, y por eso nos contentamos con nombrar los dos investigadores que se han dedicado por mas tiempo, y han compilado y dado al público mayor número de datos en su respectivo género de disquisiciones: advirtiendo, de pasada, que si bien ambos órdenes de estudios no entran ni deben entrar en la esfera del comentario propiamente dicho, ni la crítica verdadera puede dar grandes pasos con tales ilustraciones y erudicion colateral y puramente curiosa, y si se quiere entretenida, tiene hoy mayor interés y aun parece mas pertinente y útil en cierto modo la investigacion que se hace en el campo real de los hechos y de los personajes vivos contemporáneos de Cervantes, que no la hecha en el campo ficticio de los libros, y de hechos y personajes fabulosos.

A ésta, por decirlo así, rama preferente, pertenece un artículo inserto en el número de EL MUSEO UNIVERSAL correspondiente al 30 de junio próximo pasado, fechado en Esquivias, y firmado, Manuel Víctor García: trabajo que ya desde luego se recomienda por la *auctoritas loci*. Despues de haber oido tantas tradiciones y consejos de Argamasilla, Toboso, Consuegra, Alcázar de San Juan, el Peral, Villanueva de los Infantes, y otros pueblos de la Mancha, y aun de Castilla y Andalucía, justo es que haga oír su voz Esquivias, cuyos vinos tanto celebró Cervantes al par que sus linajes, y en donde nació su mujer y se casó y avecinó por algun tiempo. Por esta parte damos la bienvenida al señor Víctor García, por su curiosa contribucion, y pasamos á examinar imparcialmente cuál sea el valor que tenga el resultado de su escrutinio, y en qué manera conduce á adelantar en el negocio serio del comentario. Parécenos, desde luego, que si el articulista se hubiese limitado á esponer sencillamente el resultado de sus diligencias, diciendo: hé aquí una parte de los datos y antecedentes que ocultaban documentos y se encerraban en tradiciones populares de Esquivias, nada tendríamos que decir. En su artículo conceptuamos bueno todo lo que es simple exposicion de hechos; pero puede ser origen de errores la opinion que se funde sobre tal cimiento. El epígrafe mismo de su trabajo es ya un paso fuera del límite en que debiera encerrarse. «¿Quién fué don Quijote?» Es evidente que por esta pregunta se obliga y fuerza á responder de una manera categórica y á dar satisfaccion al lector acerca de un punto que no la tiene del modo concreto y bajo el punto de vista en que se coloca. Por otra parte, el articulista, determinado á aprovecharse de sus disquisiciones para resolver un problema casi insoluble, y queriendo fundar en alguna base el edificio de su interpretacion, comienza por admitir dos proposiciones ó premisas inseguras y erróneas. La primera, es aceptar como cierta y digna de atencion la especie de que Cervantes intentó hacer la caricatura de un personaje, asercion insostenible y combatida ya desde su primera aparicion en el *Buscapié* apócrifo leído por Ruidiaz. La segunda, es proceder por un argumento de analogía ó conformidad, deduciendo que si Cervantes personificó á doña Catalina su esposa en Galatea, bien pudo en el Quijote haber personificado á otro pariente de su señora, tambien natural de Esquivias.

A nuestro modo de ver, esos lejos ó sombras del nombre de Catalina en el de Galatea, no van mas allá de un obsequio que le hizo sin duda en asociar la memoria de su esposa á la principal y mas bella pastora de la fábula; pero admitiendo que fuese retrato verdadero, aunque doña Catalina tal vez nunca guardó ganados, ni Cervantes vistió pellico, ni se entretuvieron en diálogos sobre metafísica del amor que es el sugeto de esas fábulas, seria ciertamente muy peregrino que la familia de los Palacios, de Esquivias, hubiese sido como la semilla y causa generadora de dos producciones inmortales de Cervantes. Todo lo espuesto por el señor García, es por otro lado, curioso por extremo, conviene á saber: que habia, en Esquivias, en aquel tiempo un don Alonso de Quijada, pobre hombre y honachon, con ínfulas de hidalgo, dado á la lectura de libros de caballerías, y además estrafalario, entremetido y presuntuoso, el cual, á título de pariente y protector de doña Catalina, se opuso al matrimonio de ésta con Cervantes, y que el susodicho hidalgo pudo ser el original que tomó por modelo en su andantesca fábula. El articulista, demasiado modesto al hacer la esposicion de estos hechos, pudiera haberlos confirmado, recordando que Cervantes mismo, en la comedia *El Gallardo Español*, documento auto-biográfico en gran parte, segun confesion del autor, dice que un individuo de la familia de la novia del Saavedra, se opuso fuertemente á su casamiento. Ciertamente que allí el opositor parece haber sido hermano y el conciliador ó padrino un tío de Margarita llamado Francisco de Salazar y Vozmediano; pero, en el fondo, hay una especie de corroboracion de esas tradiciones esquivianas, en que se supone á don Alonso de Quijada mal quisto con el pretendiente de doña Catalina.

Admitiendo que todo esto sea verdad, ¿hay suficiente motivo para creer que este tal Quijada sea el original del personaje llamado don Quijote? El articulista, con no poca discrecion, hace constar que no es su ánimo suponer «que Cervantes ha sido historiador, y



no creador de su héroe, sino que tomando en cuenta las poderosas facultades de su ingenio, pudo bastarle la presencia de un objeto que diese forma á su idea, para que extendiendo en su virtud la esfera de su pensamiento á lo ilimitado de númen creador, convirtiese á un Quijote pequeño en sí mismo, en otro que fuera digno de su privilegiada imaginación.»

Naturalmente, ni Cervantes, ni otro genio alguno sería capaz de concebir una obra de interés humano, sin que de la naturaleza tomase los materiales y fuese lo mas acercado posible á la imitación, como dice en su prólogo de la primera parte; pero hay que hacer la debida distinción y considerar con cuidado esta cuestión de originales y modelos en las grandes obras del genio. Si existen defectos dignos de que un gran pintor los ridiculice para mejorar á los hombres, no será sólo un Juan ó un Pedro, avocinado en tal parte de la monarquía española, el ejemplar y modelo de la tal pintura. O el defecto es humano y por lo mismo trascendental, ó es una aberración en lo moral como en lo físico cuando nace una criatura con dos cabezas ú once dedos. Si lo primero, ¿qué se vá á buscar un tipo, cuando cada generación y cada pueblo los ofrece á millares?

El interés universal que el Quijote inspira, creemos ser harta prueba de que las extravagancias, manías y defectos pintados por Cervantes son universales donde quiera que hay hombres y la sociedad existe; si fuese pintura de una aberración, Cervantes dejaría de ser el intérprete de la naturaleza; hubiera pintado un hombre, pero no á los hombres, que es el título que conquista su gloria é inmortalidad.

Y ¿qué sucede cuando apartándose de este modo de ver las obras inmortales se buscan tipos y modelos? Que aparecen á centenares. Nada es mas fácil que haber hallado los contemporáneos de Cervantes muchedumbres de hombres cortados á la quijotesca medida, como los hay en el día, sin mas diferencia que el no tener espada, ni leer libros de caballerías porque no está de moda llevar la una ni leer los otros; pero en su lugar, hay otros objetos y ocupaciones productores de los mismos fenómenos del espíritu. ¿No son Quijotes los que con la pluma se afanan por reformar los pueblos, habiendo infinitos que por este propósito han malbaratado y consumido su hacienda y aun la humedad de su cerebro?

Pues veamos, si en las villas, pueblos y lugares de España y de todo el mundo no había de sobra algun personaje con ínfulas de hidalgo, *preciado de sí mismo, buen hombre* en su natural, pero *estrafalario, entremetido y presuntuoso*, que son las cualidades que el señor García encuentra en el esquivano Alonso de Quijada. Cabalmente, no hay defectos de carácter mas comunes que estos en la sociedad. Así es, que no han dejado de salir á plaza varios hidalgos entonados, vecinos de la Mancha, en quienes los investigadores de archivos é intérpretes de tradiciones creyeron ver el original del manchego andante, sin faltarles á su parecer todos los pelos y señales para su identificación completa, amén del rocin y el galgo, ama y sobrina, y mozo de campo y plaza.

Y también se nos ha dicho dónde estuvo la casa y aposento del tal Quijote, y lo que se conserva del corral, y la puerta por donde al rayar el alba salió por el campo de Montiel. Quien quiera verificaciones de personas y lugares á barba regada, éntrese por el análisis del Quijote del señor don Ramon de Antequera, que este diligente observador le colmará las medidas.

(Se concluirá.)

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

EL ARTE Y LA INSPIRACION.

Y Dios dijo: «la luz sea!»  
las tinieblas se rasgaron,  
y en los espacios brillaron  
el sol, los mundos, su idea.  
El hombre ve, siente y crea  
en intensa adoración,  
admirando á la Creación:  
y mira al Arte brotar  
á quien sér llega á prestar  
la divina Inspiración.

Y ellos copian de la aurora  
los suavísimos colores,  
los cálices de las flores  
y el sol que los orbes dora;  
y con voz fascinadora  
á Dios alzan su cantar,  
imitando el susurrar  
de los suspiros del viento  
y el prolongado lamento  
de las olas de la mar.

Y en el hombre hacen bullir  
deslumbradoras visiones  
que bajan de las regiones  
donde se aprende á sentir.  
Así hicieron concebir,  
de gloria y saber radiantes,  
esas ideas gigantes  
que, vagando en giro eterno,  
dieron al Dante su *Infierno*  
y su *Quijote* á Cervantes.

Y á Fidias en el cincel  
ser y vida le prestaron,  
y los cielos desplegaron  
de Murillo, ante el pincel.  
Virgenes vió Rafael  
hermosas como su anhelo,  
y que en deslumbrante vuelo  
después que á Dios bendecían  
á su frente descendían  
de las mansiones del cielo.

Ellos templaron la lira  
de Calderon y de Tasso,  
de Lope, y de Garcilaso  
que tierno amante suspira.  
Petrarca en su amor se inspira,  
lee Schiller los corazones;  
de Quintana las creaciones  
rompen de un siglo las brumas,  
y oye en el mar, entre espumas,  
el rumor de sus canciones.

Miguel Angel inmortal  
alza á Dios el Vaticano,  
y para tumba, á un tirano  
le da Herrera el Escorial.  
Oye el canto celestial  
Mozart en sueño profundo,  
y el gran Colon, sin segundo,  
al pie de sacros altares,  
ve en su ciencia, tras los mares,  
con su *inspiración* un mundo.

Y hermanos, en sus amores,  
son estos ángeles bellos,  
de un diamante dos destellos,  
de un mismo tallo dos flores.  
Cuando del sol los fulgores  
hallen las sombras en pos,  
ante Jehová irán los dos,  
y á sus pies, al espirar,  
la gloria han de proclamar,  
del único artista: Dios.

J. J. JIMENEZ DELGADO.

A LA NIÑA CARMEN.

¡Pobre niña! cuando apenas  
cumpliste los once abrilés,  
te empiezan á herir las penas  
y están de lágrimas llenas  
tus pupilas infantiles.

¡Infeliz! ¿por qué tu llanto  
viene á robarte el encanto,  
viene á turbar tu alegría,  
cuando te cobija el manto  
de la infancia todavía?

¿Qué te guardará tu sino,  
si hallas desde tu niñez  
abrojos en tu camino?  
¿Estará escrito tal vez  
con lágrimas tu destino?

Causa el fraternal amor  
tu afán. ¡Amor inocente,  
puro como tu candor!  
¡No grabe nunca en tu frente  
sus huellas otro dolor!

Que si ora tu amor en calma  
te hace tu llanto verter...  
¿cuán grandes no podrán ser  
tus duelos, niña del alma,  
con el amor de mujer?

De un dolor la hiel impia  
probaste á tus pocos años...

¡no quiera Dios, hija mia,  
llegues á probar un día  
la hiel de los desencantos!

Llora, pobre Carmen, llora  
para aprender á llorar;  
tal vez el dolor de ahora  
dulce consuelo atesora  
para el futuro pesar.

Que todo aquel que infelice  
aguda pena sintió,  
llorando se consoló,  
y el primer dolor bendice  
porque á llorar le enseñó.

Acostúmbrate á sufrir,  
que mucho has de padecer;  
éste, niña, es el vivir...  
sufriendo desde el nacer  
y sufriendo hasta morir.

Así lo dispuso el cielo...  
tal es aquí nuestra suerte...  
al sentir amargo duelo  
tener por todo consuelo  
la esperanza de la muerte.

VICENTE MORENO DE LA TEJERA.

LA COPA DE BYRON.

Se refiere un hecho que por interesante y singular vamos á consignar aquí.

Sabido es que los últimos días de Byron, antes de que la libertad le llevase, engañado con su amor, á encontrar la muerte en Missolonghi, fueron una serie de inacabables orgías.

En Byron todo era grande; las orgías también debían serlo.

El poeta no cabía en el mundo, y se envenenaba con el opio del placer.

Sus bacanales suprimieron las palabras *día* y *noche*; no reconocían mas que horas, sin descanso, de deleites.

Mesas siempre servidas, cubiertas sin cesar, y gimiendo bajo el peso de bajillas talladas en los metales mas preciosos; los manjares mas escitantes; los vinos mas preciados; millares de bujías perfumadas; esencias en el ambiente, flores en los manteles, flores en las alfombras, flores en los tapices...

Hé ahí el escenario.

Cada salón de sus diferentes mansiones, era uno.

Y luego, en torno de esas mesas, sus amigos; ¡los amigos de Byron! es decir: los entusiastas, los poetas, los escultores, los artistas, los pintores, los músicos. los que comparten entre sí, por la gracia de Dios, el poder de las creaciones, y entre ellos, mujeres ideales, las primeras bellezas de la Europa; mujeres escogidas, de todas las clases, de todas las cunas; hijas de la naturaleza, cuyos pies habían, en su niñez, doblado el césped de la verde Erin; otras que acababan de cruzar, con diadema de duquesa en las sienas, las antecámaras reales de San James ó los parques de Windsor; poetisas, cantatrices, bailarinas; todas jóvenes, alegres, expansivas, muelles, sibaritas, de voces argentinas y lánguidas, de senos de rosa, de libras cabelleras, salpicadas de diamantes... y arrastrando sedas!.. Hé ahí los actores.

Los brindis, los cantos, las agudezas, el choque de los vasos, las risas, el crujir de las espuelas de ginetes y jóvenes oficiales, el abrir y cerrar de los abanicos, los besos furtivos, las proposiciones en alta voz, las apuestas, la algazara y la confusión... eran la orquesta.

Y hombres y mujeres, amalgama gentil de talentos y hermosuras, todos hermanos ante el Arte y el Amor, se entregaban felices, con los corazones dilatados, sin aguardar á su anfitrión, pero seguros de que los visitaría, en brazos de la voluptuosidad y de la dicha.

Pasaban las horas; esas otras hermanas blancas y negras, que vuelan sin ruido, llevándose del mismo modo las lágrimas que las carcajadas.

Corrían de mano en mano las copas de plata henchidas de Falerno, de Champagne y de Jerez; la Quimera de la orgía se revolvía invisible por la densa atmósfera agujando los desbocados caballos de la locura y del deseo... crecía el estrépito; se triplicaban las antorchas, los candelabros, las arañas; aumentábanse al par los ramilletes y guirnaldas... y, llegado á este punto todo se olvidaba; la casa, el dueño, los nombres, las ceremonias... todo.

No había mas que estruendo y torbellinos.

En este instante se levantaba con lentitud un tapiz de púrpura en la sala del festín, y entraba un hombre...

Nadie se apercibía de esta aparición...

Aquel hombre, inmóvil en el dintel, cruzado de brazos, derramaba una mirada indescriptible sobre los atronadores y descuidados grupos...

Una extraña sonrisa, rival de la mirada en expresión, serpeaba en sus labios húmedos, carmesíes, como los de una mujer.



Aquel hombre tenia una cabeza tipo de beldad europea.

Aquel hombre era joven, bastante joven aun; pero su blanca faz asustaba; tenia la palidez de los que han de morir pronto.

Aquel hombre era un lord; uno de los primeros nobles de Inglaterra, y algunos años antes habia arrojado con desden su manto de par, para ceñirse la corona de las Musas.

Aquel hombre poseia palacios, quintas, carrozas, amigos, queridas y rios de oro...

Aquel hombre tenia las manos mas perfectas que han existido, objeto de la insensata delectacion de sus mancebas.

Aquel hombre armado de una pistola ó de una espada, era un tirador mortal.

Aquel hombre habia pasado, nuevo Leandro, por un capricho valiente y digno de él, á nado, de orilla á orilla, el ancho Helesponto.

Aquel hombre adoraba la equitacion; rigiendo un corcel, no era un ginete, era un Centauro.

Aquel hombre en nada creia; pero sí en la Libertad.

Aquel hombre, habia escrito el *Manfredo*, el *Sueño*, el *Corsario*, *Mazzepa*, y el *Childe Harold*.

Aquel hombre meditaba á la sazón el *Don Juan*.

¡Esa obra para la cual no hay juez!

Aquel hombre llenaba con su apellido el siglo.

El Amor, la Gloria, el Placer, el Genio, la Riqueza la Juventud, la Hermosura, le habian declarado su hijo predilecto... ¡y aquel hombre no era feliz!

¡Aquel hombre era desgraciado!

Era Byron.

¡Sí! era él.

¡Jorge Gordon Noël Byron, poeta entre los poetas, honor del Reino-Unido!

¡Nacion afortunada!

El escelso comensal, concluida su rápida y muda inspeccion, se acercaba, siempre con su incomprendible sonrisa, á la mesa principal.

Entonces podia notarse que cojeaba, aunque de un modo ligero. Su diestra tocaba en el hombro á cualquiera de aque

LOS BAÑISTAS.



EN LA PLAYA.

Me he bañado en la ria de los Campos. he cruzado el estaque del Retiro. soy un lobo de mar, un temerario que me complazco y gozo en el peligro!

llos felices locos, ó su voz fresca y sonora saludaba con una flor á la dama mas próxima; aquel contacto ó el saludo, delataban su presencia en la fiesta... y estrepitosas salvas de victores y aplausos, sinceros, frenéticos, partian de todos los ángulos; hacíanle sitio, y ocupado por él el lugar preferente, disputábanse los mas cercanos.

Pronto su rostro pálido y apesarado se inclinaba, quedando como una estatua, sin voz ni movimiento.

Los gritos, el bullicio callaban tambien ante la desesperacion sombría del grande hombre...

Las miradas de todos buscábanse de una parte á otra de las mesas, no sorprendidas, pues aquel suceso se repetia de ordinario, pero sí con tristeza con desaliento.

Al fin, Byron erguia la frente: ¡estaba transfigurado! ¡Qué hermoso y qué horrible!

¡Su sien ostentaba una nube fatal; su palidez habia acrecido; sus ojos giraban lanzando siniestros relámpagos de hastio y de sardónica impiedad; la mofa, la ironía, el sarcasmo saltaban á raudales de su boca; y su voz, antes pura y agradable, rompía el silencio, acre, estridente, amenazadora!

Incapaces de analizarla, los espectadores de aquella escena, traducíanse por espresion de una alegría escéntrica, por una rareza, por cualquier cosa; y animados de esta creencia, daban rienda á la suya comprimida, devolviendo al cuadro febril de que eran parte, las tintas que perdiera...

¡Ciegos! En este estado un nuevo personaje atraía hácia sí la atencion general.

Era Fletcher, el fiel, el leal ayuda de cámara.

Colocaba delante de su señor una copa, la llenaba del vino mas puro, y cumplido este deber desaparecia.

Todos los ojos pasaban del servidor á la copa, y repetidas señas de interrogacion se cruzaban en todas direcciones...

La copa era ancha, circular, y de una madera dura, tersa y blanca. (\*)

Su pie, compuesto de oro y piedras, valia un tesoro. Byron la tomaba é iba bebiendo á pequeños sorbos, y mientras, reia, lloraba, se enfurecia, cantaba, sufría vértigos, se quejaba, llamaba á la muerte, y volvía á reir... se entregaba, en fin, á un delirio increíble, cuya causa real de nadie era conocida.

Apurada la última gota, se levantaba el poeta, y salia del aposento.

Ninguno osaba seguirle.

En vano siempre que esto sucedia, tratábanse de explicar unos á otros el problema de que eran testigos; y fiando al tiempo ó á la casualidad la solucion, acababan por lanzarse con mas brio que nunca á atizar la hoguera de la sensualidad que encandecía sus sentidos.

Confiaban con acierto; el tiempo lo descubre todo.

Gracias á él, la base del extraño incidente está explicada:

La célebre copa era la parte superior del cráneo de una de las queridas de Byron.

Nueve fueron las amantes preferidas del gran poeta...

Elena Stocks, Jemy Erskel, María Brecknock, Carolina T\*\*\*, Juana Gazelú, Julia Page, Aglae de Courtange, Aurelia, condesa de Guiccioli, y Margarita Cogni, fueron sus nombres, que la fama ha conservado como un tributo rendido al vate.

Angeles nacidos en la orgullosa Albion, en la bravía Escocia, en la ardiente Italia, y en la coqueta Francia. ¿De cuál de ellas seria el fúnebre resto que formaba la copa?

Este es otro problema que aun no está resuelto.

J. M. MARIN.

(\*) De esta copa se hace tambien mencion, segun nos han dicho, en un artículo inserto en una publicacion que no conocemos.

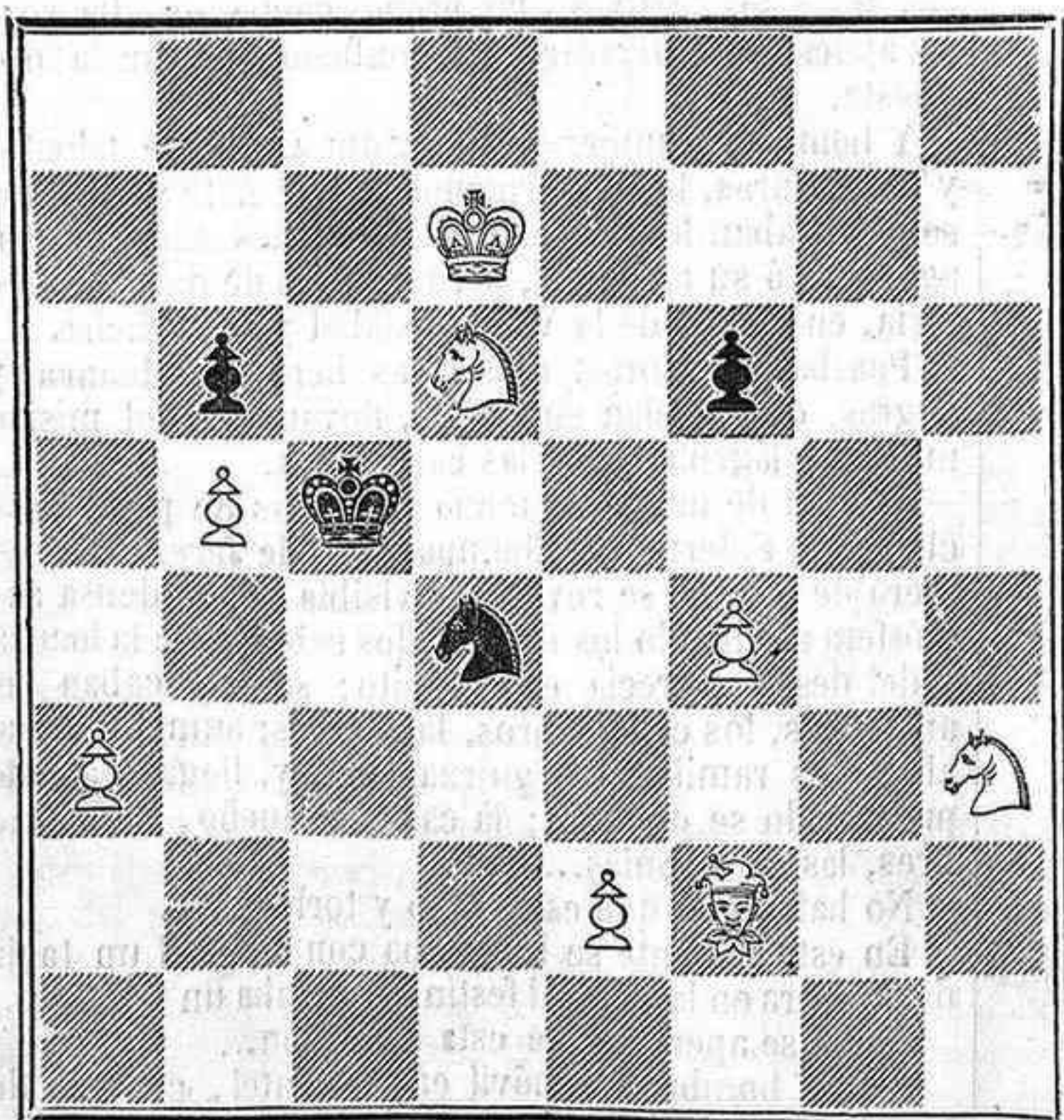
DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPARD. IMPRENTA DE GASPARD Y ROIG EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.

AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 88.

POR DON F. BOSCH.

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN CUATRO JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚM. 87.

Blancos.	Negros.
1.ª D 4 A R	1.ª P t C (A) (B) (C) (D) (E)
2.ª C 5 D t P	2.ª R 5 A D (1) (2)
3.ª C 4 C D	3.ª Cualquiera
4.ª P ó T jaq. mate.	
	(1)
2.ª . . . . .	2.ª R 4 D
3.ª D 5 R	3.ª R 5 A D
4.ª C 4 C D jaq.	
	(2)
2.ª . . . . .	2.ª R t C
3.ª D e A R jaq. mate.	
	(A)
1.ª . . . . .	1.ª A t D
2.ª C 6 R jaq.	2.ª R 4 D 5
3.ª C t A jaq.	3.ª R juega.
4.ª A ó C jaq. mate.	
	(5)
2.ª . . . . .	2.ª R t C
3.ª C t A jaq. mate.	
	(B)
1.ª . . . . .	1.ª D ó A 5 A R
2.ª C t C jaq.	2.ª R 4 D (4)
3.ª C 4 C D jaq.	3.ª R 5 R
4.ª D t C jaq. mate.	
	(4)
2.ª . . . . .	2.ª R t C
3.ª C 5 A D jaq. mate.	
	(C)
1.ª . . . . .	1.ª P 7 C D t P
2.ª C 6 R jaq.	2.ª R 6 A D
3.ª A 4 D jaq.	3.ª R t C
4.ª D e A R jaq. mate.	
	(D)
1.ª . . . . .	1.ª C 4 C D
2.ª C 6 R jaq.	2.ª R 4 D
3.ª D 5 R jaq.	3.ª R 5 A D
4.ª C 4 C D jaq. mate.	
	(E)
1.ª . . . . .	1.ª A 5 C R
2.ª C t C	2.ª R 4 D
3.ª D 5 R jaq.	3.ª R 5 A D
4.ª C 4 C D jaq. mate.	

Soluciones exactas: Señores G. Dominguez, R. Canedo, M. Lerroux y Lara, L. Sancho, E. Canedo, J. Luxan, J. Ferreiro, F. Pastor, M. Zafra, M. Rivoiro, M. Martinez, J. Gonzalez, de Madrid. - A. Gálvez, de Sevilla.